RESUMEN COMPLETO

Un hombre fue torturado, perdió su trabajo y acabó desterrado en una finca. Y desde ahí escribió un libro corto que lleva más de quinientos años asustando a medio mundo. Ese hombre se llamaba Nicolás Maquiavelo, y su libro dice, sin adornos, que un gobernante que quiera mantenerse tiene que aprender a no ser bueno cuando la situación lo pide.

Hoy desvelamos los secretos de El Príncipe, hoja por hoja. No te vayas antes de tiempo: el final es un secreto que vale la pena esperar.

El Príncipe es un manual de poder escrito sin maquillaje. No habla de cómo deberían ser los gobernantes. Habla de cómo son y de qué hacen los que ganan y los que pierden. Maquiavelo lo dice él mismo en el capítulo 15: prefiere ir tras "la verdad efectiva" de las cosas y no tras la imaginación.

Nicolás Maquiavelo Nació en Florencia en 1469. Sirvió a la república florentina durante años como secretario y diplomático. Viajó a cortes extranjeras, trató con reyes y cardenales, y vio de cerca a un personaje que luego aparece mucho en el libro: César Borgia. Esa experiencia de primera mano es la que se nota en cada página.

Pero en 1512 los Médici volvieron al poder en Florencia y todo se vino abajo. Lo acusaron de conspirar, lo torturaron y lo apartaron de la vida política. Se retiró al campo, y allí, con tiempo de sobra y mucha rabia, escribió esta obra en 1513.

Y mira cómo la ofrece. La dedica a Lorenzo de Médicis, o sea, al hombre de la familia que lo había hundido. En la dedicatoria dice que no tiene nada más valioso que regalarle que lo que ha aprendido "de las cosas modernas" y del estudio de las antiguas. Y se despide con una frase que duele: que si Lorenzo mira alguna vez hacia abajo, verá cuán inmerecidamente soporta "una gran y constante malignidad de la suerte". Es un currículum disfrazado de regalo. Tenlo presente mientras lees.

CAPÍTULO 1: TIPOS DE PRINCIPADOS

Maquiavelo ordena el terreno. Todos los Estados son repúblicas o principados. Los principados pueden ser hereditarios o nuevos, y los nuevos se ganan con armas propias o ajenas, por suerte o por virtud. Ese esquema es el mapa del resto del libro.

CAPÍTULO 2: LOS HEREDITARIOS

Lo más fácil es conservar un Estado que ya está acostumbrado a una dinastía. Basta con no tocar lo que dejaron los antepasados y adaptarse a los cambios. Un príncipe de inteligencia normal se mantiene, salvo que llegue una fuerza enorme.

Además, el príncipe natural tiene menos motivos para ofender, así que lo quieren más.

CAPÍTULO 3: LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Aquí empiezan los problemas, y el capítulo es largo. Cuando conquistas un territorio y lo sumas al tuyo, la gente cambia de señor con gusto porque cree que va a mejorar, y se desengaña rápido. Tú, para conquistar, ofendiste a unos, y a los que te ayudaron no puedes darles todo lo que esperaban. Resultado: enemigos por los dos lados.

Maquiavelo da remedios muy concretos. Ir a vivir al territorio conquistado, como hizo el Turco con Grecia, para ver los desórdenes cuando todavía se pueden apagar. Fundar colonias en puntos clave, que cuestan poco y solo perjudican a gente pobre y dispersa. Ponerse del lado de los vecinos débiles, rebajar a los fuertes y no dejar entrar a ningún extranjero tan fuerte como tú.

Pone a los romanos de modelo, porque veían los problemas con tiempo. Y compara esto con la tisis: al principio es fácil de curar y difícil de reconocer, y luego es fácil de reconocer y ya imposible de curar. Contra el consejo de "esperar todo del tiempo", los romanos sabían que una guerra no se evita, se aplaza en beneficio del otro.

Luis XII de Francia hizo lo contrario y perdió Milán. De ahí sale una regla: quien ayuda a otro a hacerse fuerte, prepara su propia ruina.

CAPÍTULO 4: EL REINO DE DARÍO

¿Cómo es que Alejandro conquistó Asia y sus sucesores la conservaron sin rebeliones? Por el tipo de Estado. Un reino como el del Turco, donde todos son siervos del príncipe, es difícil de conquistar pero fácil de conservar. Uno como Francia, con nobles que tienen sus propios súbditos, es fácil de entrar y muy difícil de mantener. No es cuestión de que el conquistador sea más o menos bueno, sino de la naturaleza de lo conquistado.

CAPÍTULO 5: CIUDADES ACOSTUMBRADAS A SER LIBRES

Para conservar una ciudad que vivía con sus propias leyes hay tres caminos: destruirla, ir a vivir en ella o dejarla gobernarse con un gobierno amigo. Su conclusión es dura: el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a la libertad es destruirla. Quien no lo hace espera ser destruido, porque el nombre de la libertad siempre sirve de bandera para rebelarse.

CAPÍTULO 6: ARMAS PROPIAS Y TALENTO

Aquí habla de quienes llegaron arriba por mérito: Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo. Dice que imitar a los grandes es como el arquero que apunta más alto que el blanco para acertar donde quiere. La fortuna solo les dio la ocasión, y ellos le dieron forma.

Y suelta una de sus frases famosas: no hay nada más difícil, dudoso ni peligroso que introducir nuevas leyes, porque el innovador se gana como enemigos a todos los que vivían bien con las antiguas, y los beneficiados lo defienden con tibieza. Por eso, dice, triunfaron los profetas armados y fracasaron los desarmados.

CAPÍTULO 7: ARMAS Y FORTUNA AJENAS

Llegar fácil es peligroso, porque no tienes raíces. Y aquí entra el personaje estrella: César Borgia, el Duque Valentino, que recibió su poder gracias a su padre, el papa Alejandro VI. Maquiavelo cuenta cómo se hizo con la Romaña, cómo debilitó a los Orsini y a los Colonna, y cómo se deshizo de los Orsini en Sinigaglia con engaño.

También cuenta lo de Ramiro de Orco. Borgia puso a un hombre cruel a ordenar la Romaña, y cuando la paz estaba hecha y el odio apuntaba a su gobierno, hizo aparecer a Ramiro partido en dos en la plaza de Cesena. El pueblo quedó satisfecho y estupefacto, dice el texto.

Maquiavelo no le critica casi nada. Le pone una sola falla: dejar que eligieran Papa a un cardenal al que había ofendido. Y de ahí otra frase para subrayar: quien cree que los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas se engaña.

CAPÍTULO 8: LLEGAR POR CRÍMENES

Dos ejemplos, Agátocles de Siracusa y Oliverotto da Fermo. Agátocles mató al Senado y a los ricos y se quedó con la ciudad. Oliverotto organizó un banquete, mató a su tío y a los principales de Fermo y tomó el poder. Maquiavelo reconoce que eso da poder, pero no gloria.

La diferencia entre unos y otros está en cómo se usa crueldad. Las crueldades “bien empleadas” se hacen de una sola vez, por necesidad, y después se convierten en beneficios para los súbditos. Las mal empleadas empiezan pequeñas y crecen con el tiempo. La regla: las ofensas, todas de golpe, para que duelan menos. Los beneficios, poco a poco, para que se saboreen.

CAPÍTULO 9: EL PRINCIPADO CIVIL

Un ciudadano que llega a príncipe por el favor de sus compatriotas. Todas las ciudades tienen dos humores, el de los grandes, que quieren mandar, y el del pueblo, que solo quiere no ser oprimido. Es más difícil mantenerse con el apoyo de los nobles, porque se creen tus iguales, que con el del pueblo, que es mucho más numeroso y cuyo deseo es más honesto.

Lo peor que puede esperar de un pueblo que no lo ama es que lo abandone. De los nobles hay que temer que se rebelen. Y un príncipe sabio buscará que sus ciudadanos siempre necesiten de él, así le serán fieles. Responde también al refrán de que quien confía en el pueblo edifica sobre arena: eso vale para un simple ciudadano, no para un príncipe que sabe mandar.

CAPÍTULO 10: MEDIR LAS FUERZAS

Un Estado se sostiene solo si puede levantar un ejército y dar batalla. Si no, debe fortificar su ciudad. Pone de ejemplo las ciudades alemanas, con sus muros, su artillería y víveres para un año. Un príncipe con una plaza fuerte y un pueblo que no lo odia difícilmente será atacado.

CAPÍTULO 11: PRINCIPADOS ECLESIÁSTICOS

Estos son raros. Se adquieren con esfuerzo o suerte, pero se conservan sin ninguna de las dos, porque los sostienen antiguas instituciones religiosas. Tienen Estados que no defienden y súbditos que no gobiernan. Maquiavelo dice que no se atreve a hablar de ellos más de la cuenta y repasa cómo el Papa pasó de ser débil a ser temido, con Alejandro VI y Julio II.

CAPÍTULO 12: MILICIAS Y MERCENARIOS

El cimiento de todo Estado son las buenas leyes y las buenas tropas. Las tropas mercenarias son inútiles y peligrosas: valientes con los amigos, cobardes ante el enemigo, sin disciplina, y solo les mueve la paga. Si el capitán es bueno, querrá su propia grandeza; si es malo, te arruina.

Para Maquiavelo, la ruina de Italia viene de ahí. Carlos VIII conquistó el país “con un trozo de tiza”. Y explica cómo los capitanes mercenarios, para no gastar, quitaron importancia a la infantería y se inventaron reglas para no matar ni cansarse. Así condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.

CAPÍTULO 13: AUXILIARES Y MIXTAS

Las auxiliares son las que pides prestadas a otro príncipe fuerte. Si pierden, quedas derrotado, y si ganan, quedas prisionero. En las mercenarias hay que temer las derrotas, y en las auxiliares, los triunfos. Para él, nada es tan débil como un poder que no se apoya en su propia fuerza.

Vuelve a César Borgia, que pasó de tropas francesas a mercenarias y de ahí a las propias. Cita a David, que rechazó la armadura de Saúl y fue a pelear con su honda. Su conclusión es directa: sin milicias propias no hay principado seguro.

CAPÍTULO 14: EL ARTE DE LA GUERRA

El príncipe no debe tener otro objeto ni otro pensamiento que la guerra. Hay dos entrenamientos: el de la acción, como la caza para conocer el terreno, y el de la mente, estudiando la historia y las hazañas de los grandes. Filopémenes, que paseando con amigos se preguntaba cómo atacaría o se retiraría en cada colina, es su ejemplo. En paz se prepara la guerra.

CAPÍTULO 15: LO QUE ALABAN Y CENSURAN

Aquí cambia el tono. Hay tanta distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que quien se empeña en ser bueno entre tantos que no lo son se pierde. Un príncipe que quiera mantenerse tiene que aprender a no ser bueno cuando haga falta. Y a veces lo que parece virtud acaba en ruina, y lo que parece vicio trae bienestar y seguridad.

CAPÍTULO 16: PRODIGALIDAD Y AVARICIA

Ser conocido como generoso suena bien, pero si lo practicas gastando de lo tuyo, acabas cobrando tributos pesados y te vuelves odioso. Maquiavelo aconseja no temer la fama de tacaño. Con el tiempo, si bastan tus ingresos, serás más generoso en la práctica: das a muchos sin quitarles nada. Lo único que da gusto gastar sin freno es lo ajeno, como hicieron Ciro, César y Alejandro con el botín del enemigo.

CAPÍTULO 17: CRUEL O CLEMENTE, TEMIDO O AMADO

El capítulo más citado. Un príncipe debe querer ser tenido por clemente, pero cuidar cómo usa esa clemencia. Borgia pasaba por cruel y trajo orden a la Romaña, mientras que Florencia, por evitar la fama de cruel, dejó destruir Pistoya.

Y llega la pregunta: ¿mejor amado o temido? Lo ideal es ser las dos cosas, pero si hay que elegir, es más seguro ser temido. Los hombres, dice, son ingratos, volubles, simuladores y ávidos de lucro. El amor es un vínculo que se rompe cuando conviene, el temor al castigo no.

Eso sí, hay una condición: evitar el odio. Y para eso, no tocar los bienes ni las mujeres de los súbditos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Pone a Aníbal, cuyo ejército jamás se dividió por su crueldad, y a Escipión, cuyas tropas se rebelaron por su exceso de blandura.

CAPÍTULO 18: CUMPLIR LA PALABRA

Es digno de elogio el príncipe que cumple su palabra. Pero los que han hecho grandes cosas son los que han sabido engañar. Hay dos maneras de combatir, con las leyes y con la fuerza, y el príncipe debe saber usar las dos, como el centauro Quirón que educó a Aquiles. Y debe ser zorro para ver las trampas y león para espantar a los lobos.

Un príncipe prudente no cumple la palabra cuando le perjudica o ya no existen las razones que la motivaron. Maquiavelo pone a Alejandro VI como maestro del engaño. No hace falta tener todas las virtudes, pero sí aparentarlas. Los hombres juzgan más con los ojos que con las manos, todos ven lo que pareces y pocos saben lo que eres. Y en las acciones de los príncipes se mira el resultado.

CAPÍTULO 19: EVITAR EL ODIO Y EL DESPRECIO

Lo que hace odioso a un príncipe es ser expoliador, y lo que lo hace despreciable es ser voluble, frívolo o irresoluto. Si el pueblo no lo odia, los conspiradores se lo piensan dos veces, porque conspirar está lleno de peligros. Recuerda el caso de los Bentivoglio en Bolonia.

Luego repasa a los emperadores romanos, desde Marco hasta Maximino, para demostrar que todos cayeron por odio o por desprecio. Marco Aurelio vivió amado porque heredó el trono. Pertinax y Alejandro cayeron por querer imitarlo siendo príncipes nuevos. Severo, zorro y león a la vez, triunfó. Los demás acabaron mal.

CAPÍTULO 20: FORTALEZAS Y OTRAS PRECAUCIONES

Los príncipes nuevos nunca desarmaron a sus súbditos, los armaron. Armarlos es ganarse su lealtad, desarmarlos es ofenderlos. Sobre las fortalezas no da una regla fija: el que teme más a su pueblo que a los extranjeros debe construirlas, y al revés. Pero cierra con una frase redonda: la mejor fortaleza es no ser odiado por el pueblo.

CAPÍTULO 21: GANARSE LA ESTIMA

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas. El ejemplo es Fernando de Aragón, que hizo la guerra tras la guerra sin dejar a nadie tiempo de conspirar. También hay que saber declararse amigo o enemigo, porque la neutralidad suele dejarte a merced del vencedor. Y honrar el talento, proteger el comercio y atender a los gremios.

CAPÍTULO 22: LOS SECRETARIOS

Cómo es el ministro, así se juzga al príncipe. Hay tres cerebros: el que entiende por sí mismo, el que entiende lo que otros explican y el que no entiende nada. Para saber si un ministro es fiel, mira si piensa más en él que en ti. Y el príncipe, para mantenerlo leal, debe honrarlo y colmarlo de cargos.

CAPÍTULO 23: HUIR DE LOS ADULADORES

La corte está llena de aduladores. El remedio es elegir a unos pocos hombres de buen juicio, darles libertad para decir la verdad solo cuando se les pregunte, escucharlos y luego decidir uno mismo sin dar marcha atrás. Maquiavelo advierte que un príncipe poco sabio nunca será bien aconsejado: los buenos consejos nacen de la prudencia del príncipe, no al revés.

CAPÍTULO 24: POR QUÉ ITALIA PERDIÓ SUS ESTADOS

Si el príncipe nuevo sigue estas reglas parecerá antiguo y se afianzará rápido. Los príncipes italianos que perdieron sus Estados fallaron en lo mismo: armas propias, el pueblo de su lado y los nobles controlados. No acusen a la fortuna, dice, sino a su ineptitud. En tiempos de paz nunca pensaron en la tempestad y, cuando llegó, huyeron en lugar de defenderse. Las únicas defensas buenas son las que dependen de uno mismo.

CAPÍTULO 25: LA FORTUNA

Muchos creen que la suerte y Dios lo gobiernan todo. Maquiavelo cree que la fortuna decide la mitad de nuestras acciones y nos deja la otra mitad, o poco menos. La compara con un río que se desborda: no se puede detener, pero en tiempos de calma se pueden construir diques para que, cuando crezca, no arrase con todo.

Luego explica por qué el mismo método sirve a unos y falla a otros: depende de si encaja con las circunstancias, y nadie cambia su naturaleza con tanta facilidad. Julio II tuvo éxito porque su impetuosidad coincidió con su época. Y termina con una frase que ha dado mucho que hablar: prefiere ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y se deja dominar más por los audaces que por los tímidos.

CAPÍTULO 26: LIBERAR ITALIA

Y aquí está el giro que te prometí. Después de veinticinco capítulos de cálculo frío, el libro termina con una súplica. Maquiavelo pide a los Médici que tomen el mando para liberar a Italia de los “bárbaros”, los ejércitos extranjeros que la saquean. Recuerda que Moisés necesitó un pueblo esclavo y Ciro unos persas oprimidos, y que Italia está peor que todos ellos, así que el momento no puede ser mejor.

Les pide armas propias, una infantería nueva y valor italiano, y cierra con unos versos de Petrarca: la virtud tomará las armas contra el furor, y el combate será corto, porque el antiguo valor en los corazones italianos aún no ha muerto.

Así que ahí lo tienes. Un libro que muchos recuerdan por las frases más duras, el “mejor temido que amado” o lo del zorro y el león, pero que en el fondo es el trabajo de un hombre que quería ver su país en pie y lo explicó con los hechos delante, sin consuelo ni adorno.

Si me pidieras la esencia que le da sentido a todo, no sería otra que esta: el poder se gana y se pierde por lo que haces, no por lo que mereces. Se sostiene con armas propias, con el pueblo de tu lado y con la cabeza fría para saber cuándo cambiar de

método. Y siempre, siempre, queda esa mitad que no controlas, la de la fortuna, que solo se contiene con diques levantados a tiempo.